

*Cuando la corte mira a la frontera:
Génesis y disolución del romancero morisco*

José Luis Eugercios
Universidad Autónoma de Madrid

EL ROMANCERO MORISCO EN SU ENCRUCIJADA HISTÓRICA

El romance nuevo lírico de tema moro, que solemos llamar morisco¹, florece durante el último cuarto del siglo XVI, transido todo él por aquellas tensiones políticas y raciales que desembocarán en el definitivo decreto de expulsión de 1609. Recoge la tradición épica y noticiosa del romancero viejo y asume la sensibilidad cortesana del primer Barroco, de manera que en pocos géneros se abrazan con la misma intensidad —y ambivalencia— literatura e historia. Varios de los mejores textos del Romancero Nuevo² se acogerán a la imaginерía morisca para componer sus cuadros galantes. Valga esta introducción como adelanto de lo que aquí entenderemos, *stricto sensu*, por romance morisco: el romance barroco, de tema preferiblemente amoroso y sensibilidad cortesana, donde el poeta se sirve de un ennoblecido moro para velar su identidad y como fuente de

¹ Como es sabido, moro y morisco fueron términos prácticamente sinónimos durante la Edad Media. Es seguramente a raíz del edicto de conversión forzosa dictado por Cisneros cuando la intitulación de “morisco” pasa a referirse a aquellos musulmanes conversos al catolicismo que, lejos de constituir en rigor un estamento o clase, se diseminan por todos los estratos sociales, desde una vieja minoría aristocrática hasta la gran masa de artesanos, campesinos y jornaleros. Véanse al respecto, entre otros, M. A. DE BUNES IBARRA: *Los moriscos en el pensamiento histórico*, Madrid 1983 p. 13; A. MOLINER PRADA (ed.): *La expulsión de los moriscos*, Barcelona 2009 p. 9; J. REGLÁ: “La cuestión morisca y la coyuntura internacional en tiempos de Felipe II”, en J. REGLÁ: *Estudios sobre los moriscos*, Barcelona 1974, p. 200; J. CARO BAROJA: *Los moriscos del Reino de Granada*, Madrid 1985, p. 93.

² Irá en mayúscula cuando se refiera al período, y en minúscula cuando lo haga a un determinado subgénero, como el romancero nuevo morisco o el romancero nuevo pastoril.

artificio. Este moro nuevo, que es moro más de corte que de frontera, trae consigo todo un universo sentimental donde los jóvenes poetas se reconocen y proyectan sus cuitas y anhelos.

Se viene aceptado que el género nace a raíz de la sublevación de las Alpujarras y se extingue para siempre coincidiendo con los decretos de expulsión promulgados bajo el reinado de Felipe III. La presunta correlación de fechas ha servido con frecuencia para legitimar la explicación del romancero morisco desde una dinámica histórica que tan pronto le da origen como lo engulle: surge después de la guerra, y para 1609 es ya una moda pasada en favor de nuevos códigos como el pastoril o el histórico. Ahora bien, considerarlo fruto directo de la guerra, y ver en su desaparición un efecto colateral de la expulsión de los moriscos es cosa bien distinta que habrá que matizar.

Los estudios más notables dedicados al tema suelen darlo por hecho. Así, para aquella línea de investigación que arranca de Soledad Carrasco Urgoiti³ y Francisco Márquez Villanueva⁴, y culmina con los trabajos de Amelia García Valdecasas⁵, la guerra civil de 1568 habría venido a dar tramas y motivos a los romancistas del tiempo, haciendo de un idealizado moro granadino tema central del Romancero Nuevo que se estaba gestando. Ya entrado el nuevo siglo, en parte por el convulso clima previo a la expulsión, el género habría entrado en franco declive; y el decreto de 1609 no habría hecho sino certificar su fin. No por casualidad, claro, sino porque con el problema morisco convertido en cuestión de estado, una

³ Que sigue siendo, a día de hoy, quien más ha contribuido a nuestro conocimiento de la literatura morisca. De entre los muchos estudios que dedicó al tema cabría destacar su imprescindible M^a S. CARRASCO URGOITI: *El moro de Granada en la literatura*, Madrid 1956; y, para nuestro negociado, M^a S. CARRASCO URGOITI: “Vituperio y parodia del romance morisco en el romancero nuevo”, en Y.-R. FONQUERNE, A. ESTEBAN (coords.): *Culturas populares. Diferencias, divergencias, conflictos*, Madrid 1986.

⁴ Véanse F. MÁRQUEZ VILLANUEVA: “El problema historio-gráfico de los Moriscos”, *Bulletin Hispanique* 86/1-2 (1984), pp. 61-135 y F. MÁRQUEZ VILLANUEVA: *El Problema morisco (desde otras laderas)*, Madrid 1991.

⁵ Heredera de las ideas de M^a Soledad Carrasco Urgoiti, aunque también influenciada por Alvar, la profesora Amelia García Valdecasas consagró gran parte de su trayectoria investigadora al estudio de la literatura de tema moro. Debe tenerse en cuenta, por su valor de síntesis, A. GARCÍA VALDECASAS: *El género morisco en las fuentes del “Romancero General”*, Valencia 1987. En esta obra ofrece un valioso inventario de los romances que, a su juicio, conformarían el corpus morisco dentro de las *Flores* difundidas durante la última década del siglo XVI.

literatura que dibujaba al musulmán como paradigma de caballero quizás podría haber sido interpretado como apología del enemigo y, por tanto, como manifestación literaria que contravenía directamente la política de la monarquía católica.

Lo que siempre ha llamado la atención de los estudiosos es la génesis del género, y no tanto su extinción, aunque ambas sean cuestiones todavía abiertas. Aceptado que la idealización del moro, aunque literaria, podía implicar, de manera más o menos abierta, situarse en el bando contrario a la política auspiciada por el duque de Lerma, el abrupto fin del romancero morisco parece encontrar una clara justificación socio-histórica. La contradicción se encuentra en que ese mismo romancero surja cuando acaba de terminar una guerra civil, la de las Alpujarras, que debería haber desencadenado justamente lo contrario, es decir, una furibunda reacción antimorisca. Que es, de hecho, lo que sucedió en gran parte de la población, también entre la clase docta, aunque quizás no de una manera tan generalizada y permanente como algunos autores han mantenido. De uno u otro modo, recién sofocada la rebelión, el morisco es enemigo próximo y reciente, y resulta cuanto menos curioso que sea este el momento histórico en que retorna al imaginario poético como protagonista de un nuevo género que nace, por lo tanto, en conflicto con la historia.

No estará de más recordar que el tema moro no era, no podía serlo, novedoso en una tradición lírica moldeada al calor de las gestas contra el musulmán⁶. Recuérdese, sin ir más lejos, el claro precedente de los romances fronterizos, difundidos en el último periodo de la Reconquista, a modo de “gaceta y noticiario de hechos memorables”⁷, para “divulgar los encuentros y sucesos ocurridos en la guerra contra el reino moro de Granada”⁸. Estos viejos romances de frontera, a caballo siempre entre la crónica y la poesía, poco a poco irán conformando una suerte de correlato sentimental de la guerra que la trasciende en el tiempo. No en vano, todavía a romancistas cultos como Sepúlveda o Padilla los llamará Menéndez Pidal, con cierto exceso, “ramplones [...] rimadores de crónicas”⁹. En

⁶ Es la tesis de Menéndez Pidal y sus seguidores. Críticos posteriores como Di Stefano, Bénichou o García de Enterría optan por una visión más ecléctica, señalando que el romancero hispánico hunde sus raíces también en géneros líricos como la balada europea o la poesía hispanomusulmana. Véase al respecto A. GONZÁLEZ SEGURA: *Romancero*, Madrid 2008, p. 17.

⁷ M. ALVAR: *Granada y el romancero*, Granada 1990 [ed. facsímil: Granada 1956], p. 42.

⁸ R. MENÉNDEZ PIDAL: *Flor nueva de romances viejos*, Madrid: Espasa-Calpe, 1985 (7ª ed.), p. 15.

⁹ R. MENÉNDEZ PIDAL: *Romancero hispánico*, Madrid 1953, vol. II, p. 117.

cualquier caso, el romance fronterizo no deja de ser poesía, y tiende por ello a “literaturizar” la historia, adoptando con cierta frecuencia la perspectiva del musulmán vencido¹⁰. Es el germen de la maurofilia, concepto tan afortunado como ambiguo consagrado por los estudios de Cirot¹¹, y que consiste, a grandes rasgos, en la dignificación de un rival moro en quien se reconocen las más altas virtudes caballerescas. De este modo, el romance viejo de frontera, que nace como poesía eminentemente guerrera, se va dejando contaminar por la tradición del amor cortés cristiano, y amplía de manera progresiva el abanico de sus temas y asuntos. No llegará a convertirse en un género amatorio, pero lo cierto es que en los últimos romances fronterizos el amor deja de ser presencia accidental para convertirse en uno de los grandes temas¹². Cuando, culminada la Reconquista, el género se vaya diluyendo, ya habrá edulcorado bastante aquel inicial carácter épico para adecuarse a la nueva sensibilidad cortesana¹³. Y, sobre todo, ya habrá pasado a la tradición. Con la caída del reino nazarí, “cerrada” por fin España, la frontera se aleja hasta el norte de África, Flandes y las Indias. Las nuevas gestas de ultramar resultan ahora muy lejanas para la sensibilidad del pueblo y, aunque producen un romancero abundante, este no alcanzará nunca el lirismo de los romances últimos de frontera, ni llegará tampoco a popularizarse¹⁴.

¹⁰ En este grupo de romances vio Menéndez Pidal el origen del romancero morisco: “Los romances moriscos tienen sus raíces y antecedentes en los romances fronterizos vistos desde el campo moro” (*Ibidem*, p. 126). Véanse también A. GARCÍA VALDECASAS: *El género morisco en las fuentes...*, *op. cit.*, p. 15; A. REY HAZAS: *Jarifas y Abencerrajes. Antología de la literatura morisca*, Madrid 2005, pp. 7-8. Lo que comienza como un natural sentimiento de empatía hacia el rival va evolucionando hacia la admiración, quizás no tanto de sus valores como de su exotismo.

¹¹ G. CIROT: “La maurophilie littéraire en Espagne au XVIIe. Siècle”, *Bulletin Hispanique* 40 (1938), pp. 150-57, 281-96, 433-47; 41 (1939), pp. 65-68, 345-451; 42 (1940), pp. 213-27; 43 (1941), pp. 265-89; 44 (1942), pp. 96-102; 46 (1944), pp. 5-25. Véase también A. GARCÍA VALDECASAS y R. BELTRÁN LLAVADOR: “La maurofilia como ideal caballeresco en la literatura cronística del siglo XIV y XV”, *Epos* 5 (1989), pp. 115-163.

¹² Véase A. REY HAZAS: *Jarifas y Abencerrajes...*, *op. cit.*, p. 8.

¹³ De hecho, la profesora García Valdecasas, recogiendo el testigo de Pidal, consideró que aquellos romances viejos que narraban sucesos de frontera vistos desde el campo moro eran ya, siquiera de manera germinal, romances moriscos a los que llamó “primitivos” [A. GARCÍA VALDECASAS: “El sentimiento amoroso en el romancero morisco. Algunos aspectos en los romances moriscos de *Las fuentes del romancero general*”, en T. FERRER VALLS y J. C. MIGUEL Y CANUTO (eds.): *Estudios literarios*, Valencia 1995, p. 146.

¹⁴ Da la impresión de que desde el fin de la Reconquista público y autores se hallaban huérfanos de hazañas inspiradoras. Recuerda Menéndez Pidal que los romances escritos a la

El tema moro es rescatado, tras un paréntesis de medio siglo, no por romancistas, sino por el anónimo autor del *Abencerraje*, justo antes de la sublevación de las Alpujarras. La novelita, que parece surgir casi de la nada¹⁵, se convierte en un fenómeno de difusión sin precedentes, y da lugar a un nuevo ciclo romancístico edificado sobre aquella estampa idealizada del caballero cristiano y el caballero moro. Es la transición del viejo romancero fronterizo a los romances nuevos moriscos, que todavía se harán esperar más de una década, y la encabezan autores como Juan de Timoneda, Lucas Rodríguez o Pedro de Padilla¹⁶. Con ellos llegamos a las décadas de 1570 y, sobre todo, 1580, cuando la poesía lírica de tema moro hace fortuna en la corte. Si el de Timoneda y Padilla es un romancero de transición, la siguiente generación poética, la de Liñán, Lope o Góngora, se inscribe ya de lleno en el Nuevo; y convierte el romance de moros en indiscutible género de moda. Justamente cuando, y más tras la todavía reciente guerra de las Alpujarras, el morisco es un problema de estado. Así pues, el romancero morisco parece nacer en contradicción con la historia, pero no tanto porque recupere el paisaje casi mítico del último reino nazarí como por canonizar “bajo un prisma de estilización favorable”¹⁷ a quien vuelve a ser el enemigo, quizás porque nunca dejó de serlo.

Que la sublevación traiga de nuevo al moro a la literatura no tiene por qué resultar, en principio, paradójico: lo propio había hecho la guerra de Granada. Es en la estilización del enemigo, en un momento particularmente delicado, donde reside el conflicto. Que esa perspectiva que hemos convenido en llamar maurofilia encontrase acogida, como de hecho sucedió, en determinados círculos intelectuales o literarios, puede aceptarse sin mayor problema. Que, siendo como fue

conquista de Méjico o las guerras de Flandes, con ser muchos, nunca llegaron siquiera a popularizarse. Por el contrario, los soldados españoles sí llevaban “en su memoria los romances viejos” que habían aprendido en España (R. MENÉNDEZ PIDAL: *Romancero hispánico*, op. cit., pp. 64-65).

¹⁵ La génesis del *Abencerraje* excede nuestro campo de estudio, pero puede consultarse una buena exposición del tema en E. TORRES COROMINAS: “El Abencerraje: una lección de virtud en los albores del confesionalismo filipino”, *Revista de literatura* LXXV/149 (2013), p. 48.

¹⁶ Que acogen y desarrollan en sus versos el tema del *Abencerraje*.

¹⁷ M^a S. CARRASCO URGOITI: *Estudios sobre la novela breve de tema morisco*, Barcelona 2005, p. 63.

que no llegó a calar entre la gran masa de cristianos viejos¹⁸, su plasmación poética se convirtiera en el género de moda hasta el punto de popularizarse es ya otro cantar. Pero, independientemente de cómo queramos interpretarlo, así ocurrió. Podría pensarse que el fenómeno respondió a la continuidad entre el viejo romance de frontera y los nuevos romances moriscos: dos guerras, por simplificar las cosas, habrían alumbrado sendos ciclos poéticos. Y, sin embargo, el paralelismo es falaz. El romance morisco remite a la frontera¹⁹, sí, pero se abstrae totalmente de su contexto propio. Entre otras cosas porque no parece que la sublevación alpujarreña se prestase demasiado a la lírica. No fue, desde luego, aquella guerra de Granada idealizada en la memoria poética del bando cristiano casi como una sucesión de episodios caballerescos; ni puede contemplarse con los mismos ojos al recordado moro granadino que al morisco sublevado en las Alpujarras²⁰. El enemigo de 1568, dicho de otro modo, no es un sujeto tan “poetizable” como el de 1492, por lo que el romance nuevo de tema moro establecerá su horizonte referencial en el imaginario granadino del último reino nazarí, relatando las desventuras y amoríos de unos moros de otro tiempo²¹.

¹⁸ Bien desarrollada, y por extenso, esta cuestión en E. SALVADOR ESTEBAN: *Felipe II y los moriscos valencianos. Las repercusiones de la revuelta granadina (1568-1570)*, Valladolid 1987.

¹⁹ Pese a todo lo dicho, en según qué puntos las lindes entre el romancero fronterizo y el morisco parecen confundirse. Ni son la misma cosa, ni el segundo puede entenderse del todo sin el primero. El texto clave sigue siendo la obra de Pérez de Hita, que tras haber combatido a los sublevados en las Alpujarras mezcla y noveliza indistintamente romances viejos y nuevos, y no porque los confundiera.

²⁰ Fue, antes bien, una guerra de guerrillas y emboscadas, de traiciones y venganzas por viejas rencillas incluso dentro del mismo bando sublevado. Rodrigo de Zayas recuerda cómo ya a los inicios de la guerra, “en lugar de aprovechar [los sublevados] ese momento, el más oportuno que se les brindaría, para reconquistar la totalidad del reino y hacerse fuertes dentro de sus fronteras, se ensañaban con los curas y las monjas, quemaban iglesias e imágenes, desenterraban a lo muertos para vengar viejos agravios” (R. DE ZAYAS: *Los moriscos y el racismo de estado*, Córdoba 2006, pp. 130-131). Y concluye, más adelante, que “la guerra de las Alpujarras fue una de las más despiadadas de la historia de España” (p. 135).

²¹ Dirá Menéndez Pidal que “con la toma de Granada la poesía heroica agotó su segunda vida y nunca ya supo hallar otros manantiales de inspiración. El latido postrero de esta vena moribunda se percibe setenta años después, cando la rebelión de los moriscos de las Alpujarras hizo recordar la añeja guerra de moros y cristianos, popular durante tantos siglos” [R. MENÉNDEZ PIDAL: *La epopeya castellana a través de la literatura española*, Madrid 1959 (2ª ed.), pp. 155-156].

La moda morisca en literatura será intensa, pero breve. De acuerdo con los porcentajes ofrecidos por Menéndez Pidal²² sobre la *Flor de varios romances nuevos*, publicada en nueve partes entre 1589 y 1597, los romances moriscos alcanzan el 40% en la primera parte, para ir disminuyendo de manera gradual: las partes cuarta y quinta tienen ya más romances pastoriles que moriscos. Así las cosas, podemos afirmar que en 1597, cuando aparece la novena parte, el género está en un claro declive; y para cuando se publique, en 1600, el *Romancero General*, la moda ya ha pasado. No hay que esperar, pues, a los decretos de expulsión para certificar la defunción de un ciclo poético que a duras penas alcanzó a pisar el nuevo siglo.

¿Pudo influir en su fin el recrudecimiento de la hostilidad contra los moriscos? Por poder, pudo, pero no se olvide que el género, que ya había nacido en un ambiente no demasiado propicio, conoce su esplendor precisamente durante la convulsa década de 1590. Escarbar en busca de factores extraliterarios es tan legítimo como ineludible, y hay que reconocer que en el caso que nos ocupa responde a un impulso casi automático; pero sucede a veces que la historia no se muestra tan clara como desearíamos.

*DOS LÍNEAS DE INTERPRETACIÓN*²³

Un género que tiene por apelativo el de morisco, máxime en el período en que nos estamos moviendo, nos lleva de manera intuitiva a buscarle alguna filiación con los avatares de la minoría étnica que será expulsada en 1609. Sería esta una interpretación de corte “historicista”, y viene avalada por los autorizados estudios de Carrasco Urgoiti y Márquez Villanueva, de quienes puede afirmarse sin temor que han creado escuela²⁴. A juicio de estos autores, el romancero morisco no se

²² R. MENÉNDEZ PIDAL: *Romancero hispánico*, op. cit., p. 125; A. GARCÍA VALDECASAS: *El género morisco en las fuentes...*, op. cit., p. 25.

²³ Recientemente ha desarrollado con más profundidad esta misma cuestión A. SÁNCHEZ JIMÉNEZ: “La batalla del romancero: Lope de Vega, los romances moriscos y *La villana de Getafe*”, *Anuario Lope de Vega* xx (2014), pp. 159-186. Véase el desarrollo del tema en todo el artículo, pero particularmente a partir de la página 170. La conclusión de Sánchez es que el género decayó por motivos totalmente ajenos a las controversias antimoriscas. Volveremos sobre ello más adelante.

²⁴ Conviene recordar también a C. COLONGE: “Reflets littéraires de la question morisque entre la guerre des Alpujarras et l’expulsion (1571-1610)”, *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona* xxxiii (1969-1970), pp. 137-243.

explica sin tener en cuenta los acontecimientos históricos que lo enmarcan y, por consiguiente, lo justifican. Parte de razón les asiste, claro, puesto que toda manifestación artística, en cuanto producto histórico, quiere ser siempre expresión del espíritu de su época. Cuando, como es el caso, literatura e historia parecen apuntar hacia una misma dirección, es difícil no pensar en una relación de causalidad: si el romancero morisco termina, curiosamente, cuando se están sentando las bases para la expulsión de los moriscos, por qué no van a ser esta y aquel cuanto menos fruto de un mismo caldo de cultivo. Aun cuando carezcamos de nada que lo documente objetivamente, la coincidencia se presenta de manera tan rotunda ante nuestra mirada que resulta complicado no tomarla en sí misma por prueba.

También es verdad que nadie ha atribuido exclusivamente a la expulsión el hecho de que, casi de la noche a la mañana, un género que había dominado las primeras *Flores* del Romancero Nuevo cayera poco menos que en el olvido. Antes bien, todos están de acuerdo en que fueron más decisivos los factores literarios, ya fuera el cansancio del público, el de los poetas, o las polémicas de escuela mantenidas entre ellos. Pero añadiendo siempre, como para no dejar suelto el incómodo cabo de la expulsión, que los factores sociales, políticos o raciales tuvieron que influir. En mayor o menor medida, con mayor o menor intensidad, pero tuvieron que influir. Es lo que defendía García Valdecasas cuando, al estudiar la disolución del género, adujo motivos literarios, sí, pero también otros “extraliterarios de tipo social y político como la próxima expulsión de la minoría morisca”²⁵. Y es que, debemos reconocerlo, resulta difícil pensar otra cosa.

A no ser, claro, que intentemos estudiar la literatura solo desde la literatura. Es lo que hizo don Emilio Orozco²⁶, quien abordó el romancero morisco en el contexto de las pugnas poéticas entre Lope y Góngora, poetas más señeros de su generación e impulsores indiscutibles del género. No es que entrase en conflicto directo con las tesis de Carrasco Urgoiti y de Márquez Villanueva, sino que su objetivo era otro: el de analizar cómo, desde los mismos inicios del Romancero Nuevo, dos escuelas poéticas encontradas, la andaluza de Góngora y la castellana de Lope, escogen un escenario morisco para sus disputas. Por supuesto que esto no inhabilita, en modo alguno, la supuesta influencia de tensiones

²⁵ A. GARCÍA VALDECASAS: “Decadencia y disolución del Romancero morisco”, *Boletín de la Real Academia Española* 69/246 (1989), p. 137.

²⁶ E. OROZCO DÍAZ: *Lope y Góngora frente a frente*, Madrid 1973.

raciales en el fin del ciclo morisco, sino que nos invita a transitar una vía alternativa, que es la de intentar explicarlo privilegiando los motivos internos al propio género.

LA MIRADA DEL ABENCERRAJE

Tampoco es que debamos abstraernos por completo del contexto socio-histórico, que, si es obligada referencia en la aproximación a cualquier tema literario, para el nuestro puede resultar particularmente esclarecedor. Un punto de partida neutral debe abrirse a la posibilidad de que las turbulencias políticas de fin de siglo bien pudiera haber influido en su auge y ocaso de alguna manera que a día de hoy nos resulte inadvertida, pero siempre y cuando lo podamos documentar. Por lo pronto convendrá, si no poner en tela de juicio, cuanto menos matizar aquella idea de que la guerra de las Alpujarras es el detonante de la moda morisca:

Es curioso que la rebelión de los moriscos de la Alpujarra *fomentara* la aparición de una moda literaria —el Romancero morisco— y no, como era de suponer, acabara con ella. La sublevación supuso, desde un punto de vista literario, la vuelta de Granada como tema a la literatura, y desde una perspectiva histórica, el recuerdo de los hechos heroicos, la poetización del enemigo y un nuevo despertar del afán nacionalista ²⁷.

La cita, aunque extensa, es pertinente por resumir lo que todavía en la actualidad podemos considerar estado de la cuestión. Y es lo que debemos matizar, porque el romancero no es consecuencia inmediata de la guerra de las Alpujarras. Vale que la ambigüedad del verbo *fomentara* permite distintas lecturas, pero en el contexto de la cita no desentonaría sustituirlo por *suscitara*, *causara* o *motivara*, que es precisamente lo que la guerra no hizo. Dos son los motivos sobre los que se sustenta esta afirmación, uno de forma y otro de contenido: en lo tocante a la forma, la de 1570 es una década de transición hacia el Romancero Nuevo, una de cuyas vertientes será la morisca; en segundo lugar, si lo que define al género morisco es el tratamiento estilizado del moro granadino, esta idealización la había llevado a cabo ya el autor del *Abencerraje*.

Respecto a lo primero, el detalle no es accidental, sino todo lo contrario: eso que se pone de moda en los años posteriores al fin de la guerra no es el romance

²⁷ A. GARCÍA VALDECASAS: *El género morisco en las fuentes...*, *op. cit.*, p. 15. La cursiva es nuestra.

nuevo morisco de la generación de Lope y Góngora, sino un romance culto o artificioso que engarza directamente con la tradición noticiara de los últimos fronterizos. Los Timoneda y Padilla, aquellos “rimadores de crónicas” de los que hablaba Pidal, y que están sembrando las bases para una renovación del romance, pueden ser considerados quizás precursores del Romancero Nuevo, pero ni su poesía admite tal catalogación²⁸ ni integran la nómina de los “verdaderos poetas” que, según don Ramón, “se apoderan del romancero”²⁹ con el advenimiento del Barroco. Aunque aceptemos, con García Valdecasas, que la guerra “fomentara la aparición de una moda literaria”, esta moda no puede identificarse con el romancero morisco objeto de nuestro estudio.

Respecto a lo segundo, tampoco es verdad, en un sentido estricto, que la moda morisca surja como consecuencia directa de la guerra, sino que, como quedó introducido más arriba, es justo antes de la rebelión cuando queda inaugurado el género con la novelita de Abindarráez, Jarifa y Rodrigo de Narváez³⁰. Novela, sí, pero morisca, que es lo que aquí interesa; y seguramente la obra que “mejor compendia el fenómeno de la maurofilia literaria”³¹, en palabras certeras de Soledad Carrasco. No puede, en buena lógica, ser consecuencia de una guerra que estalla en el año 68, pero tampoco se explican su génesis y su carácter sin tenerla en cuenta. Después de todo, “se difundió a partir de 1561, esto es, en el momento justo en que se estaba agravando desmedidamente la situación de los moriscos”³²; quién sabe si con el propósito de “difundir una obvia lección de transigencia entre sus lectores quinientistas”³³ para “ofrecer los

²⁸ M. DE LA CAMPA: “Padilla y el romancero”, en J. J. LABRADOR y R. DiFRANCO (eds.): *Pedro de Padilla: Romancero*, introd. y estudio de A. Rey Hazas y M. de la Campa, México 2010, p. 130.

²⁹ R. MENÉNDEZ PIDAL: *Romancero hispánico*, op. cit., p. 117.

³⁰ F. LÓPEZ ESTRADA: *El Abencerraje (Novela y romancero)*, Madrid 2005 (15ª ed.), pp. 23-24. Aunque la novelita pudiera haberse inspirado en algún romance anterior que relatase su historia, como se ha propuesto.

³¹ Y continúa la cita diciendo que “sin duda ejerce inmensa fascinación sobre quienes la reescriben, total o parcialmente, en verso” [Mª S. CARRASCO URGOTI: “El romancero morisco de Pedro de Padilla en su *Thesoro de Varia Poesía (1580)*”, en P. CIVIL (coord.): *Siglos dorados. Homenaje a Augustin Redondo*, Madrid 2004, tomo I, p. 227].

³² A. REY y F. SEVILLA: “Contexto y punto de vista en *El Abencerraje*”, *Dicenda* VI (1987), p. 427.

³³ *Ibidem*.

medios para que esa contienda [la sublevación de las Alpujarras] no llegara a producirse”³⁴.

Vemos, pues, que el estilizado moro granadino de la poesía barroca queda benedecido como tipo literario con el Abindarráez del *Abencerraje*, justo antes de producirse la sublevación, y muy probablemente con el propósito implícito de atajar la situación que la va a provocar. Asumida esta lógica, su repentina entrada en el universo literario de la corte encuentra un marco de coherencia ideológica capaz de salvar toda presunta anomalía. Más que en contradicción con la historia, la gestación del género morisco se produce como directa consecuencia de ella.

Que no se llegó a tan noble meta está claro; pero, a cambio, la novela alcanzaría, en sus cuatro versiones³⁵, una difusión y un éxito acaso no previstos por su autor. Más allá de su inicial propósito conciliador, y de la consiguiente carga ideológica que muy probablemente no alcanzaran a comprender quienes la leyeron, insertada en la *Diana*, como una simple historia de amor cortés idealizando ambientada en la mítica frontera granadina, resucitó para los lectores:

[...] el brillantes mundo musulmán de la Granada del último soberano nasrí, con sus fiestas, sus galas, sus refinados amoríos, pero también sus intrigas así como el mundo de la frontera con sus encuentros y escaramuzas lo que no impide caballeridad, generosidad y estima del adversario, el cual bien puede transformarse en amigo³⁶.

Y todo, no se olvide, antes de 1568.

No era este el fin, sino más bien un medio ordenado a objetivos menos inocentes³⁷; pero el estallido de la guerra y la posterior represión debieron de

³⁴ A. REY y F. SEVILLA: “Contexto y punto de vista...”, *op. cit.*, p. 428. Según la hipótesis planteada por los autores, la novelita sería un intento de apelar “a la transigencia del soberano” (p. 427) en ese ambiente de creciente tensión e intransigencia que desembocaría en la rebelión de 1568.

³⁵ Aunque la edición de Villegas (1965) sea seguramente “la más lograda desde el punto de vista de la creación literaria”, el fenómeno editorial de *El Abencerraje* se debe principalmente a su inclusión en la *Diana* de Montemayor (1961), que fue, como es sabido, la más difundida y leída (F. LÓPEZ ESTRADA: *El Abencerraje...*, *op. cit.*, pp. 13-19).

³⁶ A. REDONDO: “Moros y moriscos en la literatura española de los años 1550-1580”, en I. ANDRÉS-SUÁREZ (ed.): *Judeoconversos y moriscos en la literatura del Siglo de Oro. Actas del “Grand Séminaire” de Neuchâtel (Neuchâtel, 26 a 27 de mayo de 1994)*, Besançon 1995, p. 66.

³⁷ Es la vieja tesis de Guillén, recientemente completada por E. TORRES COROMINAS: “El *Abencerraje*: una lección de virtud en los albores del confesionalismo filipino”, *Revista de literatura* LXXV (2013), p. 65, n. 55.

condicionar los ojos con que fue leída la historia del moro y el cristiano alcaide de Antequera³⁸, ajena ya a las tensiones políticas y raciales que la habían originado. Es el nacimiento del género morisco como idealización sentimental y cada vez más esteticista de un imaginario fronterizo que viene a surtir de nuevos temas las ficciones de gusto cortesano. Y serán los poetas, más que los novelistas, quienes recojan el testigo. Existe una novela morisca posterior al *Abencerraje*, claro, pero el canon es tan mínimo como discutido y, si somos rigurosos, ninguno de los títulos que lo conforman se ciñe al esquema arquetípico dibujado en la historia del moro Abindarráez³⁹. Son los poetas quienes se dejan seducir por el renovado tipo literario del caballero moro granadino, alumbrando ahora un insólito género romancístico que refundirá toda la tradición épica de frontera haciéndola derivar hacia unos cauces en los que la referencia histórica no es ya sino peripecia y mero pretexto.

Así que la moda morisca en el romancero no es, pese a lo que parecen indicar las fechas, fruto de la rebelión de 1568; o, al menos, no lo es de modo directo. Los romances moriscos conforman, todos ellos en sentido amplio, la verdadera estirpe del *Abencerraje*, puesto que heredan su sentimentalidad, su manera romántica de contemplar aquella vieja frontera granadina rescatada ahora para la literatura cortesana como espacio mítico de plenitud caballeresca. Que el presentimiento de la sublevación estuviera de fondo en la intención del autor de la novelita se antoja más que razonable⁴⁰, y muy probablemente la obra se escribió para ser leída e interpretada, en relación con ese contexto, como “lección de tolerancia, respeto y

³⁸ Proponen Rey y Sevilla que “tal vez después de la sublevación de Las Alpujarras los lectores españoles entendieran de manera muy diferente la figura de Abindarráez, porque un caballero moro mítico y desmesuradamente encumbrado podía parecerles entonces provocador, ya que para la mayoría cristiana, tras la cruenta guerra habida con los moriscos, sería un enemigo (A. REY y F. SEVILLA: “Contexto y punto de vista...”, *op. cit.*, p. 427). Desconocemos cuál fue la lectura anterior a la sublevación. Lo que sí parece razonablemente claro es que la posterior desvinculó por completo al Abindarráez literario, quizás por lo “mítico y desmesuradamente encumbrado” de su dibujo, de los moriscos alzados en la serranía alpujarreña.

³⁹ El caso más peculiar es la obra de Pérez de Hita, no solo por su carácter híbrido entre la novela y la crónica, sino por ser el autor veterano del bando cristiano en la guerra del 68. En cuanto a la historia de *Ozmín y Daraja*, Alemán despoja a su protagonista de toda idealización neoplatónica para sumergirlo en el magma de contradicciones y engaños típico del barroco. Véase A. REY HAZAS: *Jarifas y Abencerrajes...*, *op. cit.*, pp. 11-12.

⁴⁰ Véase F. LÓPEZ ESTRADA: *El Abencerraje...*, *op. cit.*, pp. 23-24.

libertad entre moros y cristianos”⁴¹ ante la inminencia de un levantamiento que no se lograría impedir. Cómo fuera leída por parte de quienes podían hacer algo es razón que se nos escapa, pero seguramente el gran público, la clase hidalga que constituyó el grueso de los lectores, se quedó con la estampa cortés del moro enamorado en la frontera⁴². El anónimo novelista había dado, sin saberlo, con la que sería materia privilegiada de ese nuevo romancero que estaba por venir. Así lo reconocen, implícitamente, los romancistas de aquella generación de transición –Timoneda, Rodríguez, Padilla– que reescriben, ahora en verso, la historia de Abindarráez y la hermosa Jarifa, elevada de repente a la categoría de símbolo. Y es que la historia lo tenía todo: amor cortés, amistad, nobleza, lealtad, exotismo y el recuerdo de un pasado épico glorioso. Cuando la promoción de Lope y Góngora, los “verdaderos poetas” de Pidal, irrumpa en el panorama literario de la corte, volverá su mirada no sobre la historia real de la toma de Granada, ni sobre la estigmatizada minoría morisca, sino sobre un molde literario, el sofisticado moro del *Abencerraje*, en quien encarnar una nueva visión del amor cortés: es el nacimiento del romancero nuevo morisco, donde cualquier referencia histórica se convierte en pretexto para la anécdota sentimental.

No fue la guerra lo que recuperó para la literatura al moro granadino, sino una lectura esteticista y “romántica”, si se quiere, del *Abencerraje*, realizada por unos jóvenes poetas, Lope a la cabeza, más interesados en la proyección de sus sentimientos líricos que en la historia. Si la maurofilia había nacido como reconocimiento del rival, este rival, en el romancero nuevo, pasa a convertirse en una máscara ideológicamente neutra. Como bien se encargan de poner de manifiesto los poetas que parodian la moda morisca en poesía, bien poco tenían que ver los moriscos de carne y hueso con los Zaides, Gazules y Azarques que, de la noche a la mañana, pasan a poblar el romancero. El romancero fronterizo, que acertadamente consideró Menéndez Pidal origen remoto del morisco, emparentaba con la crónica, pero el romance nuevo de tema moro es un producto estrictamente lírico y netamente cortesano. Deriva, nos dirá Soledad Carrasco,

⁴¹ A. REY HAZAS: *Jarifas y Abencerrajes...*, *op. cit.*, p. 33.

⁴² Afirma al respecto López Estrada que “podría pensarse en que la lectura de la obra alcanzó a predisponer al público de manera favorable hacia los que en la vida cotidiana eran los moriscos y, de manera indirecta, a mejorar la consideración de los conversos. Pero esto no pasa de ser un propósito cuya eficacia hay que entender como poco eficiente: el peso de la vida colectiva no pudo ceder ante algo tan frágil como la lectura de una novela” (F. LÓPEZ ESTRADA: *El Abencerraje...*, *op. cit.*, pp. 61-62).

[...] de una convención artística que utiliza el elemento anecdótico como esquema sobre el que se bordan prolijas descripciones y se matizan sentimientos amorosos y cortesanos ⁴³.

Recuérdense los versos inaugurales del octavo tomo de la *Flor de varios romances nuevos*:

Puse los hechos famosos
de los Moros Africanos
que, por años setecientos,
tuvieron nombre de Hispanos,
hasta que ganó a Granada
el ínclito don Fernando,
y don Philipe segundo
que hoy gobierna el pueblo Hispano.
Puse sus motes, y insignias,
sus colores y tocados,
sus zambras, cañas y fiestas,
y de Moras los recaudos,
las amorosas razones,
los celos, ansias y enfados,
los favores, las cautelas
de los moros namorados ⁴⁴.

Lo que el público pide, y el compilador lo tiene claro, son amorosas razones, motes e insignias, cautelas de enamorado. Que es lo que el poeta devuelve, envuelto en los exóticos ropajes del aristocrático moro granadino ⁴⁵. Ni rastro, pues, de los moriscos de carne y hueso que, ya desde antes del levantamiento, se habían convertido en verdadero problema nacional. De hecho, Lope, en quien todos reconocen al gran impulsor del género, no destaca precisamente por ser favorable a esta minoría racial ⁴⁶. Que en aquello que Soledad Carrasco

⁴³ M^a S. CARRASCO URGOITI: *El moro de Granada...*, *op. cit.*, p. 47.

⁴⁴ *Séptima parte de flor de varios romances nuevos, recopilados por Pedro de Flores*. Citamos por la edición facsimil realizada por A. RODRÍGUEZ MOÑINO: *Las fuentes del Romancero General*, VIII, Madrid 1957.

⁴⁵ Tampoco resultaría artificial la asociación de lo aristocrático y lo moro, no ya solo por la idealización de la corte nazarí, sino porque durante todo el siglo XVI se conserva la moda de vestir “a la morisca”, también en los ambientes cortesanos. Véase al respecto A. GARCÍA VALDECASAS: *El género morisco en las fuentes...*, *op. cit.*, p. 21.

⁴⁶ Es, junto a su amigo Quevedo, una de las más furibundas voces antimoriscas. *Vide* M. A. DE BUNES IBARRA: *Los moriscos en el pensamiento histórico*, *op. cit.*, p. 19.

llama “vituperio y parodia del romance morisco” pesen las crecientes tensiones étnicas parece razonable, pero seguramente no fueran determinantes. Entre otras cosas porque, como bien reconoce la misma autora, lo que los romances satíricos ridiculizan es “el contraste entre los moros y moras del nuevo romancero y la realidad social de la población morisca”⁴⁷. Valgan como ejemplo los versos siguientes, de sobra conocidos, y tomados del romance gongorino que comienza “¡Ah, mis señores poetas!”⁴⁸:

Están Fátima y Xarifa
vendiendo higos y passas,
y cuenta Lagartu Hernández
que dançan en el Alhambra.

Estando los Aliatares
texiendo seras de palma,
y Almadán sembrando coles,
y leuántanles que rabian;
viene Arbolán todo el día
de cauar cien arañadas
por vn puño de harina
y vna tarja horadada.

Ciertamente, la comparación entre el morisco de a pie y sus mayores podía resultar cómica, e incluso sangrante; pero implica, si bien se mira, el reconocimiento de que el idealizado moro del romancero no pertenece a la realidad: tan lejano está de los labriegos y de las vendedoras de higos y pasas. Y es lógico, porque el romancero morisco, que sitúa su horizonte referencial en la recordada corte del último reino nazarí⁴⁹, no idealiza al morisco coetáneo, sino a sus mayores, a unos moros de otro tiempo y otra frontera. En el ocaso del género tuvo mucho que ver, como reconoce Soledad Carrasco, “la mala voluntad que anima a unos hombres de letras contra otros, especialmente la inquina contra

⁴⁷ M^a S. CARRASCO URGOITI: “Divagación, para Susana, sobre la materia de Granada”, *Revista Hispánica Moderna* 49/2 (1996), pp. 249-255: p. 253.

⁴⁸ Aunque ya aparecía en la *Quarta y quinta parte de flor de romances* (Burgos, 1592), se cita aquí, al igual que todos los romances siguientes, según la versión del *Romancero General* de 1600.

⁴⁹ “Recrea a su placer y modo una ciudad nazarí, irisada por los reflejos de las telas preciosas, de la pedrería deslumbrante y de los metales refulgentes” (M. ALVAR: *Granada y el romancero...*, *op. cit.*, pp. 65-66).

Lope de Vega”⁵⁰; y no parece que Lope tuviera, ya quedó dicho, especial interés en defender al musulmán.

No, los moros del romancero nuevo quieren ser ajenos al problema morisco. El poeta se oculta bajo sus delicadas galas⁵¹ para cantar penas y anhelos, trasladándose a una frontera infinitamente más lejana que la del siglo XV, porque solo existe en su imaginación. Su gran referente no es histórico, sino literario: el caballero Abencerraje magistralmente dibujado en aquella anónima novelita difundida durante su infancia, cuando un anónimo autor quiso transmitir, valiéndose de la historia de Abindarráez y el alcaide de Antequera, un mensaje sublime de tolerancia y concordia.

EL AGOTAMIENTO DEL GÉNERO

Sea como fuere, con el fin de siglo el género morisco está en evidente decadencia, y tras la gran compilación llevada a cabo por el *Romancero General* prácticamente se desvanece. La profesora García Valdecasas sitúa el comienzo del fin en el año 1597⁵², coincidiendo con la publicación de la novena *Flor*. Soledad Carrasco lo adelanta cinco años: en efecto, a partir de 1592 la sátira antimorisca se recrudece y, dice,

[...] las *Flores* empiezan a publicar censuras de romances que no apuntan primordialmente a defectos literarios de los textos sino a supuestas consecuencias indirectas de su difusión⁵³.

⁵⁰ M^a S. CARRASCO URGOITI: *Vidas fronterizas en las letras españolas*, Barcelona 2005, p. 48. Aunque añade, a continuación, que la “denuncia del romance morisco nuevo responde también frecuentemente a motivaciones de orden social o político”. Algo de ello habrá, sin duda, pero no es menos cierto que gran parte de las sátiras antimoriscas se dirigen contra romances de Lope, de lo que deduce Menéndez Pidal que “éste [*sic*] era por todos mirado como el mayor impulsor del gusto morisco” (R. MENÉNDEZ PIDAL: *Romancero hispánico*, *op. cit.*, p. 133).

⁵¹ En este sentido, romancero morisco y romancero pastoril obedecen a similar impulso, como constata Alvar: “Buscaron [los poetas] ropajes bajo los que encubrir su cotidiana personalidad: y se ocultaron bajo los pastoriles pellicos de intención clasicista, o bajo los moriscos albornoces, más próximos a nosotros y más dentro de una tradición literaria hispánica” (M. ALVAR: *Granada y el romancero...*, *op. cit.*, p. 57).

⁵² Véase A. GARCÍA VALDECASAS: “Decadencia y disolución del Romancero morisco”, *op. cit.*, p. 151.

⁵³ M^a S. CARRASCO URGOITI: “Vituperio y parodia del romance morisco...”, *op. cit.*, p. 120.

Estos romances, que Durán había agrupado en su magna edición ⁵⁴ bajo el marbete de “Romances moriscos satíricos, jocosos y burlescos”, serían indicadores no ya solo del hastío provocado por el abuso del tema moro en el romancero más reciente, sino de cómo estos romances moriscos pudieron ser leídos en relación con las tensiones y controversias del ambiente. De los más conocidos es el ya citado “¡Ah, mis señores poetas!”, en cuyos versos iniciales el poeta clama:

¡Ah, mis señores poetas!
¡Descúbranse ya esas caras!
¡Desnúdense aquessos moros
y acábense ya esas zambras!
¡Váyase con Dios Gazul!
¡Lleue el diablo a Celindaxa,
y bueluan esas marlotas
a quien se las dio prestadas!
Que quiere doña María
ver baylar a doña Juana,
—vna gallarda española—:
que no ay dança más gallarda ⁵⁵.

En opinión de doña Soledad estos versos, particularmente la primera estrofa, abogan por una política represiva, de manera que en ellos se revelaría el poema como “una de las piezas de propaganda anti-morisca que van preparando el terreno para la expulsión” ⁵⁶. No porque el autor de la censura considere que los cultivadores del género morisco sean necesariamente partidarios de esta minoría, sino por los efectos de su lectura sobre el vulgo. De ahí la reivindicación de otras danzas “más gallardas”, más patrias, para Marías y Juanas, Pedros y Rodrigos. Hay más, y es que, si entre los oyentes del género hubiera, como sin duda los hubo, moriscos, bien podrían sentir como propio todo el ornato de un romancero que, no por accidente, remitía al pasado glorioso de sus ancestros. Aunque cabe también preguntarse si para entonces doña María estaba ya cansada de zambras y cañas, y realmente quería “ver baylar a doña Juana”: de la recepción del romancero no tenemos apenas más datos que el número de ediciones y reimpressiones,

⁵⁴ A. DURÁN: *Romancero General o Colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII*, Vol. I, Madrid 1849. Son, en la ordenación de don Agustín, los números 244 a 257.

⁵⁵ Se cita nuevamente por el *Romancero General* de 1600.

⁵⁶ M^a S. CARRASCO URGOITI: “Vituperio y parodia del romance morisco...”, *op. cit.*, p. 132.

y los versos citados no dejan de ser opinión de un poeta, como las hubo, cierto que menos, en sentido contrario ⁵⁷.

Volvamos, no obstante, con la tesis de Carrasco Urgoiti. A la base su propuesta está la convicción de que la primera estrofa posee una referencialidad extraliteraria, es decir, que tiene en el punto de mira a los verdaderos moriscos, que eran quienes seguían bailando zambras, tantas veces prohibidas, y quienes seguían –las mujeres– encubriendo su rostro: las moras del romancero suelen mostrar siempre, conforme a los cánones petrarquistas, ojos, boca y cabello. Puede, sin embargo, que no sea esta la interpretación más cabal ⁵⁸. ¿No será más bien a los poetas a quienes se dirige la petitoria? A fin de cuentas, eran ellos quienes encubrían sus rostros, su personalidad, bajo la máscara morisca. En cuanto a las zambras, ¿no pertenecerán al mismo orden que ese Gazul a quien el censor desea que “váyase con Dios”, esto es, al poético? La queja es literaria, como lo son los motivos.

Es verdad que lo agresivo del lenguaje quizás tenga, como atinadamente comenta Antonio Sánchez, “menos tono de chanza literaria” ⁵⁹ y, por ende, sea más susceptible de otras interpretaciones. Pero, como tantas veces ocurre, dependerá de con qué ojos se lea. Así, por ejemplo, en la siguiente estrofa:

Y, por hablarles más claro,
¡así tengan buena Pascual,
¿ha venido a su noticia
que ay christianos en España?

El profesor Sánchez Jiménez interpreta que “el autor les pregunta a los poetas a quienes apela sobre su idea de la nación española” ⁶⁰. Es opinión que no

⁵⁷ Así el 331 del *Romancero General* –aunque había aparecido ya, durante ese mismo año de 1592, en la quinta *Flor* (Burgos)–, que responde: Si es español don Rodrigo, / español el fuerte Audalla; / y sepa el señor Alcalde / que también lo es Guadalará. // Si vna gallarda española / quiere baylar doña Iuana, / las zambras también lo son, / pues es España Granada. // Si este triste maldiciente / de vestidos tiene falta, / podreysle dar, por que calle, / vuestras marlotas de gracia. // Y entienda el mísero pobre / que son blasones de España / ganados a fuego y sangre; / no, como él dize, prestadas //. Aunque quizás el reconocimiento de la zambra como *gallarda española* sí se preste otras interpretaciones de corte más político.

⁵⁸ Más acertado parece, en este punto, el juicio de Antonio Sánchez, a quien las interpretaciones de corte político ofrecidas por Carrasco Urgoiti y Márquez Villanueva le resultan “hiperbólicas y un tanto alejadas del texto de los poemas” (A. SÁNCHEZ JIMÉNEZ: “La batalla del romancero...”, *op. cit.*, p. 174).

⁵⁹ *Ibidem*, p. 163.

⁶⁰ *Ibidem*.

compartimos. La clara hipérbole se entiende mejor en el contexto que le ofrecen los versos anteriores, donde el romance habla de “estos moros y estas moras / que en todas las bodas dançan”, y parece destinada a reconducir las querencias de esos romancistas maurófilos que están dando de lado a los “christianos”. No es la idea de España lo que se dirime en estos versos, sino el favor del público. El poema no ofrece fundamentos textuales que permitan colegir ningún tipo de implicación social, política o étnica; y cuando pide que “desnúdense aquessos moros” apunta a los disfrazados del romancero, no a los que labran las tierras y apacientan el ganado, al tiempo que se recrea en la infinita distancia que separa a los unos y los otros.

Sin olvidar que quien lo pide es Góngora, que no solo había escrito romances moriscos, sino que había aplicado el mismo código a otra cuestión igualmente peliaguda como podía ser la del cautiverio: ¿qué le mueve a reaccionar con semejante virulencia contra un género al que pertenecían algunos de sus mejores romances? Como ya propuso Orozco, y ha vuelto a defender Antonio Sánchez, el poema solo se entiende leído desde la rivalidad con Lope:

Él [Góngora], como refinado poeta andaluz, amante y conocedor de la Granada de la Alhambra, del Generalife y del Albayzín, se sentiría molesto al ver surgir en tierras de Castilla esa interminable mascarada morisca de quienes ni conocían ni sentían lo andaluz [...]. Se explica, así, la reacción de don Luis frente al poeta rival, creador, por lo menos, de la boga del género morisco que estaba lanzando desde las calles madrileñas a los cuatro vientos sus conflictos amorosos con una comedianta, vistiéndose a la morisca ⁶¹.

La propuesta de Orozco evita las complicadas componendas que serían necesarias para explicar el paso de un Góngora “maurófilo” a otro “maurófobo” en el plazo de unos pocos años, y encaja perfectamente con el perfil aristocrático del poeta cordobés. Pero, ante todo, articula su producción en torno a un marco de coherencia global que salva presuntas disonancias. Aunque tampoco sería del todo necesario, puesto que en Góngora la forma se impone al contenido, y el tema es con frecuencia pretexto para la exhibición técnica. Además, lo dicho es extrapolable a todas las censuras antimoriscas que aparecen hacia 1592, al darles por marco explicativo el de la confrontación de escuelas, tan del gusto de los poetas cortesanos. En este cuadro de genios encontrados se diluye prácticamente todo sustrato ideológico, porque lo que prima son unas rivalidades

⁶¹ E. OROZCO DÍAZ: *Lope y Góngora frente a frente*, op. cit., p. 45. Es la idea que defiende, también, Sánchez Jiménez.

más específicas. Es el caso de “Tanta Zayda y Adalifa”, publicado por primera vez en la tercera *Flor* (Madrid, 1593), cuyos primeros versos se reproducen a continuación sobre una de las dos versiones contenidas en el *Romancero General* de 1600:

Tanta Zayda y Adalifa,
tanta Draguta y Daraxa,
tanto Azarque y tanto Adulce,
tanto Gazul y Abenámar;
tanto alquizer y marlota,
tanto almayzar y almalafa,
tantas empresas y plumas,
tantas cifras y medallas;
tanta ropería mora
y, en vanderillas y adargas,
tanto mote y tantas motas...
¡Muera yo si no me cansan!

Repárese, por cierto, en la directa alusión al cansancio del género. Y sigue, unas estrofas más adelante:

Renegaron de su ley
los romancistas de España,
y ofreciéronle a Mahoma
las primicias de sus galas.
Dexaron los graues hechos
de su vecedora patria,
y mendigan, de la agena,
inuenciones y patrañas.

De nuevo entiende Soledad Carrasco que entre los versos se cuela una insinuación bastante más grave, a saber: que tal vez quienes cultivan el género morisco denotan ser, ellos mismos, simpatizantes de aquellos cuya expulsión ya se estaba fraguando⁶². Aun sin datos objetivos que permitan refutar la propuesta,

⁶² M^a S. CARRASCO URGOITI: “Vituperio y parodia del romance morisco...”, *op. cit.*, p. 121. Aunque donde más clara ve esta insinuación es en el romance “Todos dicen que soy muerto”, que se ofrece a continuación editado a partir del *Romancero General* de 1600: Oydme también, poetas / romancistas de Granada, / inuectores desta secta / que, si no es herege, es falsa. //.

El empleo de términos como “secta” o “herege” sugeriría, siempre a juicio de doña Soledad, “que el fervor con que se cultiva el romance de moros implica un cierto grado de solidaridad con quienes en la vida hacen uso secreto de los mismos nombres y acaso profesan la misma fe que sus protagonistas

no deja de resultar un tanto aventurada. ¿Realmente estaba en el ánimo del censor predisponer a sus lectores contra la masa morisca, más allá de que a él no le suscitara –el texto deja lugar para pocas dudas– excesivas simpatías? ¿Para qué andarse, en tal caso, con tantos rodeos? Es hilar demasiado fino para ver lo que quizás no estaba en la mente de unos escritores más preocupados por las típicas polémicas literarias⁶³. Ni siquiera el hecho de que este mismo poema vuelva a publicarse en el *Jardín de amadores* de 1611, en pleno proceso de expulsión, justifica que debamos interpretarlo, como proponía Carrasco Urgoiti, en clave de propaganda anti-morisca; aunque, dicho sea de paso, no es descartable que el lector de 1611 lo leyera a la luz de los recientes acontecimientos.

La misma tónica sigue en su burla el romance que lleva por título “Esse moro ganapán” (*Romancero General*, 499). Quejoso ahora el moro por llevar “tanta carga y sobrecarga / como le cargó su dueño”, cuenta el poema cómo:

Renegando viene el moro
del poeta que ha puesto
vn pipote de disfrases
para que él vaya muriendo.
Juramento haze el moro,
juramento viene haziendo,
de no poner más diuisas,
porque es de amadores necios.

De nuevo la parodia ataca al código, y no a ningún referente que sea ajeno al particular universo poético del romancero. De hecho, aquí el moro no es ya impostor, sino víctima ficticia de un autor a quien se acusa, indirectamente, de amante necio y de mal poeta. Por si quedaran dudas, los últimos versos las despejan:

Viendo el alcalde de Ronda
la confusión del mancebo,
le manda que se reporte
de inuenciones y de cuentos;
[...]
Mandó declararse al moro
y, por negocio indigesto,
que le pongan al ombligo
vn parche de buenos versos.

⁶³ La propia Soledad Carrasco reconoce, cuando comenta “¡Ah, mis señores poetas!”, este carácter de “polémica de academia literaria” (M^a S. CARRASCO URGOITI: “Vituperio y parodia del romance morisco...”, *op. cit.*, pp. 125-126).

Estos romances, como tantos otros, documentan la existencia, ya a comienzos de la década de los noventa, de una corriente de poetas que comienzan a percibir el romancero morisco como cosa extraña a la tradición patria pero, sobre todo, que aburre y cansa. No es descabellado suponer que alguno de estos poetas celebrase, llegado el momento, las decisiones tomadas entre la primavera y el verano de 1609; e incluso que su juicio negativo sobre el género morisco viniera condicionado por un acusado sentimiento de animadversión hacia aquellos musulmanes *de facto*. Ahora bien, si así fue, las censuras antimoriscas de 1592-1593 nada dicen. Que anticipan el deceso del género es claro; que lo aceleren, más cuestionable; pero, si los poetas censores abogaban por la prohibición de las zambras, o una política más represiva, o la misma expulsión, desde luego que no lo pidieron en estos versos.

Lo que está claro es que el romance morisco comenzaba a hartar, y por ello dejó de escribirse. El hartazgo debió de obedecer, ya entre los poetas ya en el pueblo, a razones de gusto literario. De ello dan fe tanto los poemas recién comentados como la evolución del género a medida que iban apareciendo publicadas las nueve *Flores*: no en balde, mediando la última década del siglo se ve desbancado por los romances de tema pastoril. Pero, y esto viene a reforzar la tesis de que lo que estudiamos es un fenómeno eminentemente literario, tampoco el romancero pastoril se libró de inectivas, en tono y términos muy similares a los del corpus antimorisco. Incluso se da el caso de que un mismo poema aproveche para censurar uno y otro género, como sucede con “Toquen apriessa a rebato” (*Romancero General*, 584). También aquí es acusado el poeta de enseñar las “cerimonias” de la “secta mora”, y se desliza que esto es “señal que desciende dellas”. Pocos ataques tan directos encontramos no ya al código, sino al mismo autor: lo que en otros textos apenas se insinúa se dice aquí ya a las claras. Pero el poema en su conjunto, nuevamente, nos invita a pensar en una burla sin mayores implicaciones, porque en esta misma pieza, y por ello se trae aquí, también el género pastoril se lleva lo suyo:

No me canse más Belardo
con su Filis y su estrella,
pues, de puro deslustrada,
dio de luzero en cometa.

Su endechas pastoriles
caydo han de puro viejas,
y tiene, con su destierro,
cansadas muchas orejas.

Es decir, que la censura antimorisca coincide, en forma y fondo, con la censura “antipastoril”, lo que indica que para su autor ambos géneros son las dos caras de una misma moneda. Aunque no es menos cierto que el romance pastoril, pese a esta y otras burlas del mismo cariz, pervivió hasta bien entrado el XVII, cosa que no sucedió con el morisco. Esto cuestiona hasta qué punto fueron decisivas las sátiras en esta inflexión. La tentación primera será responder afirmativamente, pero conviene ir con pies de plomo: ¿tanta fuerza tuvieron como para invertir, en el plazo de unos pocos años, el gusto de un público que consumía el género morisco casi en masa? Estamos hablando de unos romances que se popularizan desde muy pronto, y que terminan pasando a una tradición que todavía en el siglo XX los conserva⁶⁴. Pero es que, además, algunas de aquellas sátiras antimoriscas difundidas durante los años hegemónicos del Romancero Nuevo son respuestas directas a otros tantos romances moriscos⁶⁵. Que contienen, de paso, la reprobación de todo el género por extenso, sí; pero que aparecen en el contexto de unas disputas quizás más particulares. No parece, desde luego, que tengan por objeto primero el influir en los gustos del vulgo. ¿O es que el vulgo necesitaba de tales testimonios para reparar en que Zaides y Adalifas en bien poco se parecían a sus correligionarios de la realidad⁶⁶? No, el público

⁶⁴ Véanse los exhaustivos índices contenidos en el *Catálogo analítico del archivo romancístico Menéndez Pidal-Goyri*, Barcelona 1998.

⁶⁵ Es palmario el caso de ¡Ah, mis señores poetas!, que “va seguido de su réplica, lo cual nos permite suponer que en el círculo donde primero se difunde esta composición no se ignora quiénes son los autores de los textos mencionados” (M^a S. CARRASCO URGOTTI: “Vituperio y parodia del romance morisco...”, *op. cit.*, p. 125).

⁶⁶ Lo dicho, empero, quizás no se pueda aplicar con igual ligereza a aquellos romances de cautivo, sobre todo los de Góngora, que, “mirando a la actualidad, tomaban como fondo la guerra en las costas africanas y la piratería en el Mediterráneo con las penalidades de los cautivos españoles” (R. MENÉNDEZ PIDAL: *Romancero hispánico*, *op. cit.*, p. 135). Porque el tema del cautiverio no aludía a ningún pasado glorioso, sino al real y cada vez más acuciante problema del Mediterráneo. José Antonio Martínez, cuando explica la realidad del cautiverio durante los siglos XVI y XVII, distingue varias etapas. De acuerdo con su análisis, “entre 1542 y 1574 el Mediterráneo se convierte en un auténtico ‘lago turco’”; y el período comprendido entre los años 1580 y 1632 es “el momento de mayor peligro para los habitantes de las poblaciones de la costa española, así como para el conjunto de personas que viven en el resto de los territorios que componen la Monarquía hispánica” [J. A. MARTÍNEZ TORRES: *Prisioneros de los infieles. Vida y rescate de los cautivos cristianos en el Mediterráneo musulmán (siglos XVI-XVII)*, Barcelona 2004, pp. 152-153]. Sucederá, por consiguiente, que en estos romances gongorinos de cautiverio, que por convención incluimos dentro del género morisco,

no buscaba en el romancero morisco verosimilitud ni cosa parecida, sino fantasía y aderezo, y es más que dudoso que el estilizado moro del romancero, con sus galas y brío, pudiera llevarlo a mirar con mejores ojos a los convecinos musulmanes. En quien el público pensaba era, por ejemplo, en aquel Lope que bajo los seudónimos de Adulce, Azarque, Bravonel o Muza, glosaba sus gozos y desventuras⁶⁷; y a quien igualmente conocía cuando cambiaba su máscara morisca por la pastoril de Belardo.

El género morisco caducó cuando perdió el favor del público, o pudo ser quizás al contrario, pero, en uno u otro caso, lo que había nacido como fenómeno literario terminó por extinguirse como tal. Justo, además, a finales del siglo XVI, a tiempo para entrar en bloque en el gran *Romancero General* de 1600. El Romancero Nuevo del estrenado siglo XVII será ya otra cosa, irá poco a poco abandonando la anonimidad como irrenunciable rasgo de identidad, y preferirá transitar nuevos cauces, particularmente el pastoril. Volverá su mirada sobre la historia de España, recuperará al Cid, y, para cuando se firme, en septiembre de 1609, el definitivo decreto de expulsión de los moriscos valencianos, Zarques y Atarfes llevarán ya cosa de una década viviendo tan solo en sus variantes.

“el tratamiento idealizado de las relaciones cristiano-musulmanas, aunque coincidente con el que prima en las obras de la maurofilia literaria, no supone simplemente una trasposición geográfica y temporal de la guerra de frontera llevada a cabo en terreno peninsular a finales del siglo XV”, sino que “la transferencia del ambiente galante de los romances fronterizos al otro lado del estrecho crea cierta disonancia. Es decir, la refinada atmósfera poética creada por Góngora alrededor de la actuación heroica de un soldado español en Orán contrasta con la experiencia real de los militares destacados en los presidios establecidos a lo largo de la costa de Berbería” [M. MARTÍNEZ GÓNGORA: “Los romances africanos de Luis de Góngora y la presencia española en el Magreb”, *Caliope: journal of the Society for Renaissance and Baroque Hispanic Society* 19/1 (2014), p. 77]. Mucho más dudoso se antoja que el poeta cordobés intente, como concluye la profesora Martínez Góngora, señalar una distancia con respecto a ciertos textos de la época en los que se expresa una pronunciada animadversión hacia la comunidad morisca y su presencia en la península [sic]” (*Ibidem*, pp. 82-83).

⁶⁷ En el apartado de su *Romancero hispánico* correspondiente a los romances moriscos de Lope, Menéndez Pidal no duda de que “todos sabían”, al escuchar alguno de ellos, a qué asunto particular hacía referencia (R. MENÉNDEZ PIDAL: *Romancero hispánico*, op. cit., pp. 126-130). Y es que, “en morisco o en pastoril, a las nueve partes de la Flor fué [sic] a parar, como poesía anónima de la colectividad, toda la biografía sentimental de Lope de Vega, con toda la vehemente y versátil afectividad del poeta” (*Ibidem*, p. 138).

NOTAS FINALES Y CUESTIONES ABIERTAS

El romancero morisco pertenece al Romancero Nuevo. Aceptada esta premisa, no todo romance de tema moro es, en puridad, morisco. De la misma manera que, pese a lo difuso de las lindes, los viejos romances de frontera no entran en el canon, tampoco pueden hacerlo los de ese ciclo que hemos llamado de transición, y que abanderan Timoneda y Padilla. Por consiguiente, no hablamos de un ciclo que nazca a raíz de la rebelión de las Alpujarras, sino unos quince años después de su fin. Considerarlo consecuencia de la sublevación de las Alpujarras es una simplificación que puede inducirnos al equívoco de verlo como una suerte de romancero de la guerra. No lo fue, ni por tiempo ni por espíritu. Si hubo algo parecido, habría que buscarlo tal vez en los versos de Padilla que hacen referencia al levantamiento de los moriscos.

La moda morisca cunde justo después de la guerra porque justo antes se ha difundido, con notable éxito, el *Abencerraje*. Llovía quizás sobre mojado, puesto que durante todo el siglo XVI los bailes y vestidos “a la morisca” gozaron de estima entre las clases nobles como signos de exotismo y sofisticación. El caso es que, factores extraliterarios aparte, con la novelita vuelve el moro granadino a la literatura, y esta vez no para traer noticias de la frontera sino para quintaesenciar los valores del perfecto caballero, otrora cristiano, hecha la salvedad de credo. En otras palabras, depura y pule al tosco moro del romancero fronterizo, y lo adapta a la sensibilidad y estética barrocas: este, y no otro, es el germen del romancero morisco. Por supuesto que no sabemos qué habría sucedido si no hubiera estallado la guerra, y que esto se adentra ya en el farragoso terreno de la historia-ficción; pero, dada la difusión alcanzada por la novela durante la década de los sesenta, y sumada esta al precedente de los romances fronterizos, lo más probable es que de todos modos hubiera generado una moda. Que la rebelión pudiera influir en el proceso o apresurarlo es, como fuere, algo difícil de justificar. Más bien se diría que todo se redujo a una mera lógica literaria

Y la misma lógica literaria que explica el brote del género explica su desaparición. El primer impulso de ver en los poemas paródicos aparecidos a comienzos de la década de 1590 algún tipo de implicación socio-histórica choca enseguida con los textos mismos que, bien leídos, nada dicen en esa dirección. Dicen, en todo caso, de las disputas mantenidas entre poetas que se leían entre sí, que seguramente se conocían, y que polemizaban, de manera más o menos punzante, por cuestiones de estilo y escuela. Ni los romances que llamamos antimoriscos atacan

a la minoría étnica, ni los autores del romancero morisco debieron de ser vistos como simpatizantes de aquella. Sí hay un romancero que ataca directamente a los moriscos y celebra la expulsión. Se trata de piezas posteriores, de calidad netamente inferior, y que se apartan radicalmente del espíritu y los códigos propios del morisco, cosa que no hacen las censuras antimoriscas de 1592-1593. El manifiesto contraste existente entre estas censuras y los poemas abiertamente referidos a la expulsión bien puede indicar que aquellas carecían de toda intención política o racial⁶⁸.

Llegados a este punto, ¿estamos en condiciones de descartar por completo la influencia de factores de índole no literaria en la desaparición del romancero morisco? El argumentario trazado hasta aquí parece que lo pide: de lo contrario, no habríamos hecho otra cosa que volver al punto de partida. Antonio Sánchez es tajante, y afirma que “resulta simplemente insostenible”⁶⁹, pero, si somos honestos, no podemos descartarlo. Aunque, justo es reconocerlo, resulta extremadamente complicado probar que algo nunca sucedió: decir que algo no pasó deja necesariamente una puerta abierta a la posibilidad de que nuevos datos vengan a invertir el curso de nuestros razonamientos; mientras que decir que sí sucedió exige ese dato sobre el que cimentar nuestro juicio, que es lo que aquí nos falta.

La extinción de un género tiene que ver siempre con aspectos tan intangibles como el gusto, la mentalidad o las modas. Algo, por lo que sea, pierde el favor del público y termina desapareciendo, sin que sepamos decir en qué momento o por qué motivo ha sucedido. Es verdad que el proceso suele ser paulatino, mientras que en el caso del romancero morisco el paso del cenit a la desaparición se produce en el intervalo de unos pocos años; pero lo mismo había sucedido con sus inicios: hablamos de un género que, en lo tocante a su duración, supone un fogonazo dentro de la historia del romancero, y quizás en lo rápido de su ascenso esté la clave para comprender lo rápido de su final. Buscarle al asunto una hipotética raíz socio-histórica es, como ya hemos reconocido antes, muy tentador,

⁶⁸ Cuando Manuel RUIZ LAGOS elabora su antología del romancero de tema moro, desde una perspectiva claramente historicista, escoge como título *Moriscos: de los romances del gozo al exilio* (Alcalá de Guadaira 2001). La compilación es meritoria, y le cabe la originalidad de haber ordenado los textos en un eje cronológico que quiere ser correlato poético de la historia particular de los moriscos. Incurre, sin embargo, en el error de meter en el mismo saco las censuras poéticas y los romances racistas, de manera que una lectura acrítica puede inducirnos a considerar que son la misma cosa cuando obedecen a impulsos creadores bien distintos.

⁶⁹ A. SÁNCHEZ JIMÉNEZ: “La batalla del romancero...”, *op. cit.*, p. 175.

pero los textos en los que tradicionalmente se ha querido fundar esta suposición apuntan en otra dirección. Así pues, todo indica que el género morisco se extinguió del romancero de la misma manera que entró: como código literario que reunía todo aquello que un poeta cortesano podía requerir para, oculto bajo una máscara exótica y alternativa, cantar su amor y lamentar sus penas; y que, en un momento determinado, quién sabe si por abuso del tema o por agotamiento de los motivos, pasó de moda⁷⁰.

Claro que lo mismo cabría decir del romance pastoril que, por cierto, se prestaba a menos complejidades temáticas y, en consecuencia, debería haberse agotado antes. Y, sin embargo, sobrevivió al morisco, y produjo un corpus mucho más extenso. Siendo, como eran, dos códigos en todo tan similares, ¿por qué uno sí y el otro no? Quizás por aquí se cuele, de nuevo, el elemento sociopolítico, tan recurrente como esquivo; pero seguir esta vía sería volver a empezar para, seguramente, terminar en el mismo sitio.

⁷⁰ Los moros salieron del romancero pero, como bien comenta A. Sánchez Jiménez, permanecieron en la comedia (A. SÁNCHEZ JIMÉNEZ: "La batalla del romancero...", *op. cit.*, p. 175, con especial atención a la nota 21).